



# I

Historia de la Milagrosa Aparicion, segun el texto publicado en 1649 por Lasso de la Vega.

Lecciones del nuevo Oficio, concedido y aprobado

por S. S. Leon XIII, en que se relata la tradicion y culto guadalupanos.

Vida de Juan Diego.



Portada del libro publicado por Lasso de la Vega en 1649, de donde está tomado el texto. La traducción del título es ésta:

*La Gran Maravilla apareció en el Cielo, la Gran Señora Santa María, Nuestra Amada Madre Guadalupe, aquí cerca la ciudad de México, su nombre Tepeyacac.*



QUI se cuenta, se da razón, como nuevamente con gran milagro apareció la esclarecida Virgen Santa María Madre de Dios, Nuestra Señora; allí en donde se dice *Tepeyacac*.

2. Primeramente apareció á un natural que se llamaba Juan Diego; y después apareció su divina imagen delante del primer obispo D. Fr. Juan de Zumárraga; también se cuenta cuantos milagros ya ha hecho. Como á los diez años de comenzado á disponer del agua, del monte México, cuando ya se había puesto en quietud la saeta y el escudo, cuando ya en todas partes había quietud como que ya comenzaba á brillar, ya se desbrochaba la fe y el conocimiento de Aquel por cuyo favor vivimos, que es el verdadero Dios.

3. En el año de 1531 á principio del mes de Diciembre sucedió que había un natural pobrecito que se llamaba Juan Diego, segun se dice, allá su casa era en *Quahutlilan*, y por las cosas divinas que aún todavía todos pertenecían en *Tlatilolco*, sábado era por cierto muy de mañana,

venía en seguimiento de las cosas divinas y también de su mandado, y habiendo llegado junto al cerro llamado *Tepeyacac*, cuando iba amaneciendo, oyó que sobre el cerro cantaban como cuando muchos escogidos pájaros cantan, retumbaban sus voces, como que les daba correspondencia el cerro, en gran manera regocijaba, daba alegría su canto, excedía del todo al pájaro cascabel y á los otros escogidos pájaros.

4. Se paró con refleja Juan Diego y se dijo á sí mismo: ¿Por ventura es mi dicha lo que ya oigo? ¿Quizá solamente lo sueño? ¿En dónde ya estoy? ¿Dónde me veo? ¿Por ventura ya es ahí donde dejaron dicho los ancianos nuestros antepasados, nuestros abuelos, la tierra florida, la tierra fructífera? ¿Por ventura ya es ahí el paraíso terrenal?

5. Hacia allí estaba mirando sobre el cerro, hacía el oriente de donde salió el canto celestial: y habiendo cesado el canto, oyó cómo es llamado sobre el cerro y le dicen: Juan. Juan Diego no se atreve á ir allá en donde es llamado, no se mueve, quizá con alguna cosa se pasmaba; empero mucho se alegró, se regocijó, fué subiendo el cerro donde fué llamado y cuando ya iba llegando, en la cumbre del cerro vió una señora que allí estaba parada, le llamó para que fuera con ella y habiendo llegado en su presencia en gran manera la vió con cuidado, de la suerte que excedía en mucho su hermosura, su vestuario como el sol radiante resplandecía y las piedras, y las cuevas, donde herían sus resplandores en el herirlo su luz era como el precioso oro, como el arco-iris daba visos la tierra, y los nopales y todas las demás yerbecitas que allí se dan como yerba celestial, sus hojas parecían y sus espigas como el oro resplandecían en su presencia; hizo acatamiento, oyó sus voces, sus palabras que en sumo grado regocija como que lo halagaba, como que lo quería, le dijo:

6. Oye, xocoyote mío, Juan, ¿á dónde vas? Y él le respondió: Diosa mía, Señora mía, mi doncella, allá voy á tu casa, México-Tlatilulco, voy en seguimiento de las cosas divinas que nos enseñan nuestros padres.

7. Luego con ésto le cuenta, le hace saber de su divina voluntad y le dice: Sábete, esté muy cierto tu corazón, xocoyote mío, en que soy la en sumo grado siempre Virgen Santa Madre del verdadero Dios, por cuyo favor vivimos, el criador, el dueño del cielo y el dueño de la tierra. Deseo muchísimo que aquí me fabriquen un templo pa-

ra que en él muestre, dé á conocer y dé todo lo que es de mi amor, de mi misericordia, de mi socorro y amparo que en verdad yo soy vuestra piadosa madre, á ti y á todas las demás gentes mis queridas que me llaman, que me buscan, que en mí confían, allí les oiré su llanto, sus palabras, para que perfeccione y cure todas sus dolencias, sus trabajos y sus miserias, y para que se verifique lo que intento, y mi misericordia; anda allá en el palacio obispal del Obispo de México, y le dirás cómo yo te envío á que le hagas notorio, cómo mucho deseo que aquí me haga un templo y le contarás muy bien todo lo que vistes y lo que oísteis, y esté fijo tu corazón que mucho lo agradeceré y que le pagaré con la gloria y mucho merecerás con lo cual galardonaré tu cansancio, tu trabajo, con que has de ir á hacer diligencia acerca de lo que te envío; ya oísteis, mi xocoyote mis palabras, anda haz toda tu diligencia.

8. Y luego con ésto delante de ella se postroó y le dijo: mi Diosa, mi Señora, ya me voy á dar cumplimiento á tu mandato.

9. Y luego se bajó para ir á dar cumplimiento á lo que le fué encargado, cogió el camino que viene derecho á México. Habiendo llegado dentro de la ciudad, luego fué derecho hacía el palacio obispal del señor Obispo que primeramente vino, cuyo nombre era D. Fr. Juan de Zumárraga, religioso de San Francisco. Y habiendo llegado, luego hizo diligencia de ver al señor Obispo, les rogó á sus criados que le den noticia de él, después de buen rato le vinieron á llamar cuando ya avisado el señor Obispo que entrara, y habiendo entrado delante de él se hincó, y se postroó y luego con ésto le contó las palabras de la Reina del cielo, también le dijo todo lo que vió y lo que oyó, y habiendo oído todas sus palabras y su mandado como que no perfectamente se persuadió, le dijo, le respondió:

10. Hijo mío, otra vez vendrás muy despacio, te oiré muy desde el origen, veré á lo que vinistes, tu voluntad, tu deseo. Se salió con mucha tristeza, porque no luego al punto se tuvo por verdadero su mandado.

11. Luego se volvió en este mismo día y se fué derecho sobre el cerro donde vió á la Reina del cielo que aún todavía allí, en donde primero la vió, le estaba aguardando, y habiéndola visto delante de ella se postroó, se rindió en el suelo, le dijo: Mi diosa, mi nobilísima persona, mi señora, mi xocoyota, mi doncella, fui allá en donde me enviaste: aunque dificultosamente entré en la ha-

bitación del señor Obispo, lo vi al fin, delante de él puse tus palabras de la manera que me avisaste, me recibió con agrado y me oyó atentamente; pero me respondió como que no lo tuvo por cierto, no lo cree, me dijo otra vez vendrás aún todavía con despacio, te oiré muy de raíz, veré á lo que viniste, lo que quieres, lo que deseas. Vi en él, según me respondió, que le parece que el templo que quieres que te hagan aquí, que quizá yo lo finjo, que quizá no es tu voluntad. Te ruego mucho, mi Diosa, mi Señora, mi hija, que en algunos de los caballeros que son conocidos, reverenciados y atendidos dejes este empeño para que lleve tus palabras para que sean creídas. Cier-to es que soy un pobre, no soy digno de andar, no soy digno de estar allá en donde me envías, perdóname, mi xocoyota, no le de yo pesadumbre á tu esclarecido corazón, no caiga yo en tu enojo.

12. Le respondió, la siempre esclarecida Virgen, y le dijo: óyeme, mi xocoyote, ten por cierto que no están escasos mis siervos, mis embajadores en quienes dejar mis palabras para que verifiquen mi voluntad; pero importa que tu hables por ello, con tu cansancio, en tus manos se ha de verificar, se ha de hacer mi deseo, mi voluntad; pero mucho te ruego, mi xocoyote, y te aviso con mucho cuidado, que otra vez haz de ir á ver mañana al Obispo y por mí próponle, dale á entender mi deseo, mi voluntad para que haga el templo que le pido; y otra vez dile cómo yo soy la siempre Virgen Santa María, la Madre de Dios quien allá te envía. Y Juan Diego le respondió, le dijo: Reina del cielo, mi Diosa, mi doncella, no aflija yo tu corazón, que con todo mi corazón iré á hacer verdaderas tus voces, tus palabras; de ninguna manera las dejo por no querer ó porque tenga yo por penoso el camino, sino solamente porque quizá no seré oído y si acaso fuere oído quizá no seré creído; iré y seguiré tus palabras y mañana en la tarde al entrar el sol vendré á dar respuesta á tus palabras con lo que me respondiere el señor Obispo, ya te dejo, mi xocoyota, mi doncella, mi Señora, mientras descazas.

13. Luego con ésto se fué á su casa á descansar. Y el día siguiente domingo por la mañana salió de allá de su casa, vino derecho á Tlatilulco siguiendo lo divino y la cuenta. Luego ya determinado á ver al señor Obispo y ya como á las diez que se acabó el oír la Misa y la cuenta, con ésto se salieron todos cuantos naturales habían ido; pero Juan Diego luego se fué al palacio

obispal del señor Obispo y habiendo llegado, toda su diligencia hizo para verlo, muy dificultosamente otra vez le vió, á sus piés se hincó, luego al punto lloró, y se enterneció al contarle, al manifestarle las palabras de la Reina del cielo para que quizá con eso fuera creída su encomienda y la voluntad de la esclarecidísima Virgen el que le hagan el templo en donde mentó, en donde quiere.

14. Pero el señor Obispo muchas cosas le preguntó á Juan Diego para tener por cierto el suceso le preguntó: ¿dónde la vió? y ¿cómo es la señora que vió? y él todo lo que vió le contó al señor Obispo; pero aunque todo le declaró de la suerte que era con que muchísimo parecía que ella era la Purísima Virgen, la querida Madre de Nuestro Señor Jesucristo; pero no con eso se certificó. Dijo: no solamente con sus palabras se ha de hacer, se ha de conseguir lo que pide. Es muy necesaria alguna señal para que se crea cómo ella propiamente es la Reina del cielo, la que te envía.

15. Y habiéndolo oído Juan Diego, le dijo al señor Obispo: señor, mira cual ha de ser la señal que le pides, que luego al punto iré á pedirselo á la Reina del cielo quien me envió, y viendo el señor Obispo que se afirmaba, y que con nada se confundía ó se aturdió, le dijo: que se fuera, y les avisó á algunos cuantos criados suyos en quienes mucho confiaba, que le siguieran y que le espantaran á dónde iba y á quién iba á ver ó á hablarle. Así, pues, se hizo, y Juan Diego luego al punto cogió el camino real, y los que le seguían allí, en el puente del río que pasa junto del cerro, le perdieron; aunque en todas partes le buscaron en ninguna parte le hallaron. Así se volvieron, no solamente se aburraron sino que también con él se enojaron, se volvieron y con el señor Obispo le pusieron más de lo que sucedió para que no le crea: le dijeron que solamente le engañaba y fingía lo que le venía á decir, que quizá lo soñó, y se concertaron y dijeron si otra vez viniere acá le cogerán y crudamente le castigarán para que otra vez no mienta.

16. El día siguiente, lunes, cuando había de llevar Juan Diego alguna señal para que fuera creído, ya no volvió porque cuando llegó á su casa, un su tío que con él estaba, llamado Juan Bernardino estaba muy malo de tabardillo; primero le fué á llamar el médico, y primero procuró por su salud; pero ya no era tiempo porque ya estaba muy malo; muy de mañana le rogó su tío que le fuera á llamar á uno de los padres allá en Tla-

tilulco para que fuera á confesarlo, porque estaba muy cierto que ya era tiempo de que muriera, que ya no se había de levantar, que ya no había de sanar.

17. Y el mártes, muy de mañana, salió de su casa Juan Diego para ir á llamar al padre á Tlatilulco y cuando ya venía llegando junto del cerro, en el camino que pasa al pié del dicho cerro hacía el poniente por donde siempre pasaba, dijo: si voy derecho sin duda me verá la señora y me entretendrá para que le lleve la señal al señor Obispo, dejémos primero nuestro cuidado, voy primero á llamar al padre, el pobre de mi tío ¿no lo estará aguardando?

18. Luego con ésto rodeó el camino del cerro, por los bajos y subió y fué á salir al otro lado hacía el oriente para llegar breve á México; pensaba que por donde rodeó no le podía ver la Reina del cielo, quien por todas partes está mirando, vió cómo de la cumbre del cerro bajó la señora de donde siempre le veía, le fué á atajar del lado del cerro, y le dijo: xocoyote mío, ¿á dónde vas? ¿hacia donde caminas? Y él se espantó, no se sabe si por ventura con ésto se fastidió, se avergonzó ó si por ventura con ésto se admiró; delante de ella se postró, la saludó, le dijo: hija mía, mi xocoyota, Dios te guarde, Señora, ¿cómo amaneciste, por ventura sientes bueno tu purísimo cuerpo? mi Diosa, le daré pesadumbre á tu corazón; sábetes, mi Virgen, que está muy malo un tío mío, que es siervo tuyo, grave enfermedad se puso en él, se apoderó de él, que sin duda con ella se morirá, voy de prisa á tu casa México á llamar á uno de los queridos de nuestro Dios, nuestros padres, para que vaya á confesarle, despues de haber dado cumplimiento á lo que voy, luego acá otra vez volveré para ir á llevar tu razón, mi Virgen, mi Señora, perdóname, súfreme, hasta que haga mi mandado, que luego mañana acá vendré á dar.

19. Y habiendo oido la razón de Juan Diego, la piadosa y purísima Virgen le respondió: oye, ten por cierto, mi xocoyote, que yo te ampararé, no te asustes, no te apesadumbres, no se confunda tu corazón, aunque sea grande enfermedad como tú dices, ¿por ventura no estoy aquí, yo que soy tu madre? ¿por ventura no estás acogido debajo de mi amparo? ¿no soy yo de tu misma calidad? No te dé cuidado la enfermedad de tu tío, que ahora no morirá con ella, ten por cierto que ya sanó. ¿Se te ofrece otra cosa? (Y luego en aquella misma hora sanó su tío, segun después se supo.)

20. Y Juan Diego habiendo oído las palabras de la Reina del cielo, muchísimo se alegró y se persuadió á ello y le rogó que otra vez le enviara á ver al señor Obispo para llevarle alguna señal para que crea lo ya referido. La Reina del cielo luego con ésto le mandó subir á la cumbre del cerro donde siempre la iba á ver y le dijo: sube, mi xocoyote, á la cumbre del cerro, en donde me viste, allí verás muchas flores, córtalas y júntalas, luego bájalas aquí en mi presencia.

21. Y Juan Diego luego con ésto subió al cerro, y habiendo llegado á la cumbre se admiró al ver cómo estaban desbrochándose las diversas hermosas flores de Castilla que halló que no era tiempo que se dieñan, porque entónces helaba mucho, se pasmó con su fragancia y olor. Luego comenzó á cortarlas, las juntó muy bien y las envolvió con su manta, luego con ésto se bajó y le trajo á la Reina del cielo todas las flores que fué á cortar. La que, habiéndolas visto, en sus purísimas manos las cogió luego otra vez, las volvió á echar en su manta y le dijo: mi xocoyote, todas estas flores es la señal que le has de llevar al Obispo, en mi nombre le dirás que con ésto vea y reconozca mi voluntad y que haga lo que deseo y tú que eres mi embajador digno de confianza, te aviso con todo cuidado que solamente delante del Obispo has de tender tu manta, y le has de hacer notorio lo que llevas y le dirás cómo te avisé que subieras á la cumbre del cerro á que fueras á cortar flores. Le contarás tambien todo lo que viste, para que muevas al señor Obispo, á que luego procure el que se haga el templo que le pedi.

22. Y habiéndole avisado la Reina del cielo vino en seguimiento del camino real que viene derecho hacia México, vino contento porque se persuadió que había de salir con bien, vino cuidando con esmero lo que en su manta traía; vino gloriándose con la fragancia de las hermosas flores: habiendo llegado al palacio del Obispo encontró con su mayordomo y con otros criados suyos. les rogó que le avisaran al Obispo cómo le quería ver; pero ninguno de ellos quiso, quizá porque era muy de mañana, ó porque ya le conocían los enfadaba, ó porque ya sabían cómo los otros compañeros de ellos le habían perdido en el camino cuando le fueron siguiendo; por mucho tiempo se aguardó allí, estaba parado muy encogido para ver si acaso le llamaban, y habiendo visto que ya tardaba, luego se llegaron á él para ver lo que traía, para certificarse acerca de lo que

había dicho, y viendo Juan Diego que ya no podía ocultarles lo que traía y que por ello le habían de atormentar, le habían de rempujar, ó le habían de aporrear, para librarse un tanto cuanto mostró que eran rosas, y habiendo visto que todas eran rosas de Castilla muy olorosas y frescas y que no era su tiempo, entónces se admiraron y desearon coger unas cuantas: por tres veces se arrojaron á cogerlas; pero no pudieron porque cuando iban á cogerlas ya no eran rosas las que veían, sino como pintadas ó como bordadas: luego con ésto se ponen á decir al señor Obispo lo que habían visto, y cómo le quería ver el indio que muchas veces ántes había venido y que rato había que allí estaba aguardándose.

23. El señor Obispo habiéndole oído luego vino en conocimiento que desde luego era la señal para persuadirse á que es cierto lo que había dicho el indio. Luego al punto mandó que entrara para verle. Habiendo entrado en su presencia se postró (segun siempre lo había hecho) y otra vez le contó por extenso todo lo que había visto, y atendido con admiración le dijo: señor ya hice lo que me mandaste, ya le fui á decir á mi Diosa, la Reina del cielo, la querida Santa María, Madre de Dios, cómo le pedías alguna señal para que creyeras que quería que le hicieras el ya mencionado templo. Así mismo le dije cómo di mi palabra que había de traerte alguna señal para que creas lo que á mi cargo dejé, y oyó con gusto tu parecer y lo tuvo á bien, y ahora muy de mañana me avisó que otra vez viniera á verte y le pedí la señal segun me había dicho que me había de dar y luego me envió á la cumbre del cerro en donde siempre la veía yo, á que fuese á cortar las flores que allí viera. Y habiéndolas cortado se las traje al pié del cerro en donde la había dejado, y las cogió en sus purísimas manos y otra vez en mi manta las echó para que á tí las trajera, aunque sabía yo muy bien que no era lugar de flores la cumbre del cerro porque era lugar espinoso; de nopales, de cuevas y de mezquites: no por eso me confundí ó dudé, cuando llegué á la cima del cerro vi que ya era jardín de flores en donde estaban juntas todas cuantas fragantes flores se hallan en Castilla, las corté y se las traje á la Reina del cielo y me dijo: que á tí mismo te las había de dar y ahora ya lo hago para que veas la señal que pides, para que se haga su voluntad y para que se vea que es verdad mi palabra, recibelas. Y luego al punto extendió su manta blanca en donde traía las flores y habiéndose despa-

rramado todas las rosas de Castilla, luego allí se apareció de repente la purísima imagen de la esclarecida Virgen Santa María, Madre de Dios, segun y como la que ahora se guarda en su santa casa, en su templo que se nombra Guadalupe; y habiéndola visto el señor Obispo y todos los que allí estaban luego al punto se hincaron y la vieron con admiración, se entristecieron, se con dolieron y quedaron fuera de sí, y el señor Obispo con ternura y llanto le pidió perdón porque no hizo luego su voluntad. Y parándose le desató su manta del cuello á Juan Diego en la que se estampó la Reina del cielo. Y luego con ésto la llevó á su oratorio; y Juan Diego se quedó por todo el día en casa del Obispo por haberlo detenido, y el día siguiente le dijo: mostrarás en dónde quiere la Reina del cielo que le fabriquen su templo y habiéndolo mostrado avisó que quería llegarse á su casa á ver á su tío Juan Bernardino, quien estaba muy malo cuando venía á llamar á Tlatilulco á uno de los padres para que lo fuera á confesar y de quien dijo la Reina del cielo que ya había sanado.

24. No le dejaron ir solo; sino que le llevaron á su casa y habiendo llegado vieron á su tío que ya estaba bueno, que ya nada le dolía; y él se admiró mucho cuando vió cómo llevaron á su sobrino con mucha cortesía y le preguntó que ¿por qué era tratado así? que ¿por qué le reverenciaban mucho? Y él le dijo cómo cuando de allá de su casa salió á llamarle un confesor para que le confesara vió á la Reina del cielo allá en el cerro que llaman Tepeyacac y le envió á México á ver al señor Obispo para que le haga un templo. Y tambien le dijo que no tuviera pesadumbre de él, que ya estaba bueno su tío; con ésto mucho se alegró y le dijo que era verdad que en aquel entónces le había sanado, y que la había visto ni más ni ménos como él la había visto y que le había dicho cómo á él lo había enviado á México á ver al Obispo y que tambien cuando él fuera á verle, que le hiciera notorio todo lo que vió y cómo milagrosamente le había sanado y que la Santísima Imagen de la Purísima Virgen se ha de llamar Santa María de Guadalupe.

25. Y luego con ésto trajeron á Juan Bernardino á la presencia del señor Obispo á contarle debajo de juramento todo lo que le aconteció, y á los dos (esto es, á Juan Diego y á Juan Bernardino) les hospedó en su casa unos cuantos días, hasta que se fabricó el templo de la Reina del cielo en donde señaló Juan Diego. Y el señor

Obispo mudó á la catedral la sagrada imagen de la Reina del cielo que tenía en su oratorio para que toda la gente la viera.

26. Toda la ciudad se alborotó para ver á su santísima imagen; veían como milagrosamente apareció y que ninguno del mundo la había pin-



ILMO. SR. FR. JUAN DE ZUMÁRRAGA.

tado en la manta de Juan Diego: en la que milagrosamente apareció la sagrada imagen de la Reina del cielo era ayate, un poco grueso y bien tejido, porque en aquel entonces todos los naturales se cobijaban con ayate: solamente los nobles, los caballeros y los capitanes de guerra se adornaban con mantas de algodón ó con mantas de lana.

27. El estimado ayate en que apareció la Purísima Virgen, nuestra soberana Reina, es de dos piezas, cocido con hebras de algodón, de alto lo de su santísima imagen desde la planta del pie hasta la coronilla tiene seis cuartas, y una cuarta de mujer; su santísimo rostro, es muy hermoso, sério y un poco trigüño; su precioso cuerpo, segun está, es humilde; en el pecho tiene puestas las manos, el cinto con que está amarrada es morado, su pié solamente en el lado derecho, un tanto cuanto, está asomando la punta, su zapato

es de color de tierra, su vestuario es atochomitado, segun parece en el sombrío es como encarnado y bordado con diversas flores que por todas las orillas están doradas; está pendiente de su garganta con una ruedecita dorada que con una línea negra está guarnecida alrededor; en medio tiene una cruz, tambien de hácia dentro se descubre otro vestuario de algodón blanco con puntas como melindre que llega hasta las muñequillas. El vestuario de encima es azul celeste que desde la cabeza viene hasta los piés, un poco en medio tiene un doblez, alrededor está dorado, un poco ancho es el filo dorado y por todas partes tiene estrellas doradas que todas son cuarenta y seis, y su santísima cabeza hácia el lado derecho está inclinada; y en la cabeza sobre su vestuario tiene una dorada corona, con sus rayos y á sus piés está la luna que están mirando sus cuernos hácia arriba, muy en medio de ella está parada la Purísima Virgen y también, segun parece, muy en medio del sol que con sus rayos la está rodeando por todas partes; ciento son los dichos rayos, unos son grandes y otros chicos, doce de ellos son los que rodean su santísimo rostro y su santísima cabeza, por todos en una y en otra parte tiene cincuenta y al fin de la orilla de la manta por alrededor con blancas nubes está rodeado; esta divina imagen con todo lo referido está parada sobre un ángel de medio cuerpo que como entre nubes está metido, al acabar la orilla del vestuario de encima de la Reina del cielo, hácia



CANÓNIGO JUAN GONZÁLEZ.

sus santísimos piés garbosamente está haciendo dobleces del uno y del otro lado lo está agarrado el dicho ángel. El vestuario de éste es encarnado que con oro está pendiente de su cuello, sus alas con varias plumas están hechas ó compuestas, segun parece, como que está muy alegre de cargar á la Reina de los cielos.

\*  
\*\*

El texto de la anterior relación, como queda dicho, es el que en lengua nahuatl publicó el Br. Luis Lasso de la Vega, Capellán del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en México el año de 1649, la cual se mandó traducir literalmente y palabra á palabra por el caballero Don Lorenzo Boturini.

De la copia autorizada existente en el archivo del Cabildo de la Colegiata, se tomó lo publicado en las páginas precedentes.



N el Oficio nuevamente concedido y aprobado por nuestro Santísimo Padre el Sr. Leon XIII, se relata la tradición y culto guadalupanos, en los términos siguientes:

## Para Maitines.

### Segundo nocturno.

#### LECCION IV.

En el año mil quinientos treinta y uno de nuestra redención, la Virgen Madre de Dios, segun consta por antigua y constante tradición, se mostró visible al piadoso y rústico neófito Juan Diego en la colina del Tepeyac, de México, y habiéndole cariñosamente le mandó presentarse al Obispo, y que le notificase que allí se le fabricara un templo. Para indagar ingeniosamente la verdad del mensaje, aplazó la respuesta Juan de Zumárraga, Obispo del lugar; pero al ver que el neófito, de nuevo conmovido por la segunda aparición y mandato de la Beatísima Virgen reiteraba su embajada con lágrimas y súplicas, le ordenó que con empeño pidiera una señal por la que se

manifestase la voluntad de la gran Madre de Dios.

#### LECCION V.

Tomando el neófito un camino más apartado de la colina del Tepeyac, y dirigiéndose á México para llamar á un sacerdote, con objeto de que su tío, acometido de gravísima enfermedad, no muriese sin los últimos sacramentos, la Benignísima Virgen le salió al encuentro por tercera vez; afligido por la salud de su tío le consuela y arreglando en su tilma hermosísimas rosas que recientemente habían brotado, á pesar de la aspereza de aquel lugar y del rigor del invierno, le ordena llevarlas al Obispo. Obedece Diego el mandato, en cuya tilma al caer por el suelo las rosas en presencia del Obispo, se vió maravillosamente pintada la imagen de la Santísima Virgen, exactamente en la misma forma en que había manifestado en la colina cerca de la ciudad. Conmovidos los habitantes por tan extraordinario prodigio, procuran guardar cuidadosamente en la capilla Episcopal la religiosa imagen, que poco despues fué trasladada con solemne pompa á la capilla que se le había edificado en la colina del Tepeyac, distinguiéndose por la singular veneración con que la houran todas las gentes.

#### LECCION VI.

Colocada despues en un magnífico templo que los Romanos Pontífices ennoblecieron, concediéndole para el esplendor del culto divino un Cabildo colegial, ésto aumentó sobremanera la piedad del pueblo mexicano hácia la Madre de Dios, y acuden á venerarla en gran número los pueblos, obrando el Señor por ella muchos milagros. Por lo cual, el Arzobispo de México y los demás Obispos de aquellas regiones, de acuerdo con todas las órdenes, considerándola poderosísima protectora en las calamidades públicas y privadas, la eligieron Patrona principal de toda la Nación Mexicana, y canónicamente elegida la declaró con autoridad Apostólica Benedicto XIV, concediendo que se rezara en su honor oficio y misa bajo el título de la Bienaventurada Virgen de Guadalupe, Mas Leon XIII, accediendo benignamente á las reiteradas peticiones de los Prelados Mexicanos, concedió por decreto de la Sagrada Congregación de Ritos que se rezara este novísimo oficio; y decretó que con solemne pom-

pa en su nombre y por su mandato, fuese decorada con corona de oro esta imagen de la Virgen, célebre por sus milagros y por el culto que se la tributa.



A persona de *Juan Diego*, dice Conde y Oquendo, hace papel tan principal en la Historia Guadalupeña, que no puede haber lector que la mire con indiferencia, y no desee que le den algunas señas de sugeto tan venturoso. Sabido ya el modo de la aparición de la Santísima Virgen, es necesario instruirse del origen, carácter y virtud de aquel á quien quiso aparecerse. Fué natural del pueblo de *Cuauhtlan*, siete leguas distane de México, uno de los más numerosos de este reino, al principio de la conquista: nació en el barrio de *Tlayacac*, de padres humildes, cuyos nombres se ignoran, indios de baja condición de los *Mazehuales*, que son los de servicio, y en su gentilidad llamóse *Cuauhtlactozin*. Cuarenta y ocho años vivió sumido en las tinieblas de la gentilidad; pero estando destinado á ver la grande luz de la fé de Jesucristo que había de rayar algun día en estos horizontes, logró entonces recibir el santo bautismo en compañía de su mujer, de mano de alguno de los doce apóstoles franciscanos, designados por Dios para la conversión de este nuevo mundo. Llamáronse *Juan Diego* y *María Lucía*.

Con la gracia bautismal, se le debió entranar de manera la devoción á la Madre de Dios, que con estar el pueblo de su domicilio llamado *Tolpeltar*, distante del de *Tlatelolco*, que era el de su doctrina, por lo ménos más de dos leguas, madrugaba todos los sábados para oír la misa cantada de Nuestra Señora y la explicación de la doctrina cristiana, que en ese día se hacía á los neófitos. Era *Juan Diego* de condición simple y sencilla, de aquellos con quienes gusta Dios hablar, digno de oír música celestial, así como la oyeron los pastores de Belen en la noche del nacimiento de Jesucristo Nuestro Señor, y de que su Santísima Madre, no sólo le hablase en diversas ocasiones, declarándole que *convenía* que él, y *no otro*, fuese su mensajero para el Obispo; sino que le hablase y tratase con tanta dulzura y cariño, que le llamaba su *hijo muy amado*, y *regalado pequeñito*, segun consta de los coloquios tenidos en las apariciones, que han conservado

las historias y cantares antiguos de los indios: lo que es argumento irrefragable del candor de su alma y pureza de conciencia.

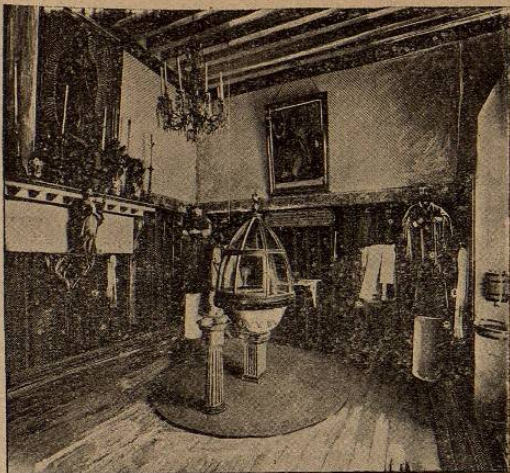
Es tradición que, poco despues de bautizados ambos consortes, habiendo oído un sermón del venerable P. Fr. Toribio de Benavente, á quien habían puesto los indios el nombre de *Motolinia* ó el *Pobre*, en el cual, hablando de las excelencias de la virtud de la *castidad*, enseñó que ésta cabía dentro del matrimonio, hicieron propósito de guardarla; y vivieron desde entonces en perpétua abstinencia de la carne, más como hermanos, que como marido y mujer, y esta



VERDADERO RETRATO DE JUAN DIEGO.

fama fué muy pública, afirmándolo así todos cuantos comunicaron familiarmente á estos dos casados, dice Tanco.

Enviudó el año de 1529, dos ántes de la aparición de la Santísima Virgen, que le quería todavía más limpio, que lo que sufre la castidad conyugal; y desde el día en que se colocó la santa Imágen en su ermita, dejó su pueblo para siempre, y sus casas y tierras á un tío suyo; y sus mismos paisanos le fabricaron de adobes un aposentico pequeño, junto al Santuario, en donde vivió honesta y recogidamente como ermitaño, con licencia del señor Obispo Zumárraga, enteramente consagrado al servicio y culto de la Virgen, y á la provisión y aseo de la casa del vica-



HABITACIÓN DE JUAN DIEGO, ACTUALMENTE BAPTISTERIO.

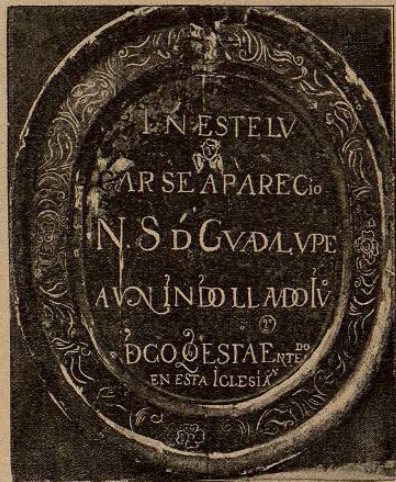
rio. Barría ésta, perfumaba la iglesia, rezaba de continuo, y conversaba familiarmente con la Santísima Virgen, como un hijo con su madre, que por eso se llamaba *Juan*. Era muy temeroso de Dios, de buena conciencia, y loables costumbres. Llamábanle el *peregrino*, porque siempre andaba solo, y sólo iba á la doctrina de Tlatelolco. Era hombre ejemplar, y amigo de que todos viviesen bien. Tenía largos ratos de oración y contemplación todos los días, en aquel modo que alcanzaba su capacidad, iluminada por aquel Dios que sabe instruir á los que le aman, ejercitándose en obras de mortificación, ayuno, disciplina, y otras de penitencia cristiana. En vida tuvo tal opinión de santidad, que cuantos iban al Santuario á pedir alguna merced á la Santísima Virgen, le ponían por intercesor, y se encomendaban á sus oraciones, y no había padre ni madre de entre los indios, que no echase á sus hijos y nietos esta bendición: *Dios os haga como á Juan Diego*: de manera que el gesto de su semblante era de hombre mortificado y contrito; comulgaba, con licencia del obispo, tres veces en la semana, y así se mantuvo 17 años, hasta que murió el de 1548, ó sea el 8 *Acatl*, como dice un analista indio, de 74 de edad; con que es visto haber nacido por el de 1474; murió en el mismo año el venerable Sr. Zumárraga, aunque la mujer de aquel, *María Lucía*, había fallecido el de 1529, y su tío Juan Bernardino en el de 1544, de ochenta y cuatro años, y los tres fue-

ron sepultados en la ermita de la Virgen Santísima. Tiénese por cosa cierta entre los naturales, haberse aparecido á ambos consortes la Santísima Virgen á la hora de su muerte, recibido sus espíritus, y conducidos al trono de su Divino Hijo. Esto consta, dice Tanco, de la segunda tradición, escrita por los naturales en su idioma, con letras de nuestro alfabeto.

La tradición señala como la habitación de Juan Diego, el sitio ocupado actualmente por el baptisterio de la llamada Parroquia. Se cree que en la sacristía de esta iglesia existe inhumado su cuerpo, y ello se deduce por una inscripción en tabla que se encontró en la bodega de la referida Parroquia, y que á la letra dice: *En este lugar se apareció N. S. de Guada-*

*lupe á un indio llamado IV<sup>o</sup> Diego donde está enterrado en esta iglesia.*

Hé aquí un facsímile de esa inscripción:



INSCRIPCIÓN DE LA SEPULTURA DE JUAN DIEGO.

El Sr. Cauónigo D. Manuel García Corail fué quien destinó la habitación de Juan Diego, convertida en bodega, para baptisterio y ahí colocó un retrato de tan bienaventurado varón.

EN México, como es natural, fué donde se grabaron las primeras imágenes de la Santísima Virgen de Guadalupe, y aparecieron en la obra del Br. Miguel Sánchez, intitulada: "Imagen de la Virgen María Madre de Dios Guadalupe, milagrosamente aparecida en la ciudad de México, celebrada en su historia con la profecía del capítulo 12 del Apocalipsis. *México 1648.*"

Siendo este libro también, el primero que tocante á este asunto vió la luz pública.

El grabado de esta página representa la Aparición ó el acto de adorar á la santa imagen, el Ilmo. Sr. Don Fr. Juan de Zumárraga, y el de la siguiente es un trasunto de la imagen colocada en el altar de su ermita.

LA tradición nos ha conservado la noticia de que el intérprete que intervenía en las conversaciones del Ilmo. Sr. Zumárraga con Juan Diego, pues este ignoraba la lengua castellana y aquel la nahual ó mexicana, fué el canónigo Juan González, cuyo retrato figura en la página 22 de este libro.

El benemérito cronista Fr. Juan de Torquemada nos ha dejado de este sujeto, las noticias siguientes:

"Fué este santo varón natural de Valencia de Mombuey, del obispado de Badajoz, hijo legítimo de Juan González é Isabel García, honra-

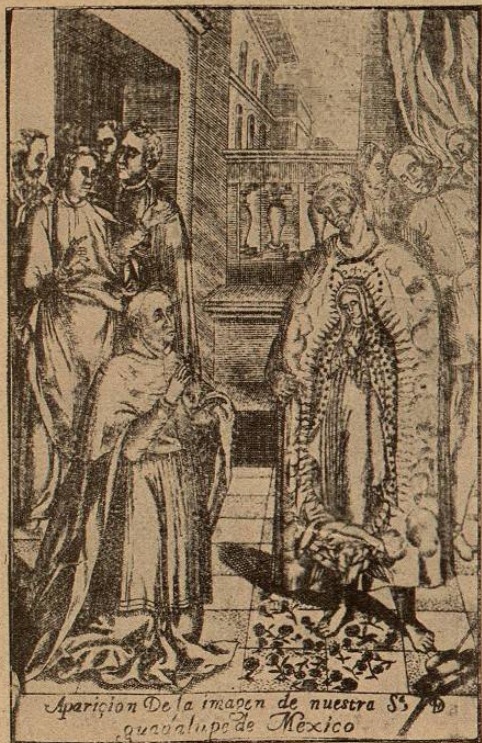


LÁMINA DE LA OBRA DEL BR. MIGUEL SÁNCHEZ.

dos vecinos de aquel pueblo y de buena vida. Pasó á nuestra América, muy joven, en solicitud, según parece, de un pariente suyo llamado Rui-González, que fué conquistador, en cuya casa estuvo algunos años después que vino de España, estudiando en México la latinidad; y después, oyendo el derecho canónico de los primeros catedráticos que hubo entre nosotros, inclinóse al estado eclesiástico, y en él fué recibido con su-

ma aceptación de los preladados de la Iglesia, por ser un joven amabilísimo, de aspecto, condición y costumbres de un angel. Ordenólo hasta el grado de diácono el primer obispo de Tlaxcala, D. Fr. Julián Garcés, y de presbítero el de México, D. Fr. Juan Zumárraga, el que viéndolo al cabo de algunos días en el pueblo de Ocutitico aprendiendo la lengua de los indios, y que ya predicaba en ella, cobróle tanta afición, que lo llevó á su casa y tuvo en su compañía hasta que le procuró un canonicato en su iglesia de México, el que sirvió mientras vivió el santo obispo y algunos años después. Mas no hallando en aquel honroso estado el

contento que su humilde espíritu deseaba, y considerando lo mucho que podía servir á Dios en la conversión de los indios, habiendo tanta falta como entonces había de ministros, renunció el canonicato, proponiéndose vivir pobre y apostólicamente, sin recurso de ningunas rentas ni hacienda temporal. Viéndolo puesto en este estado de pobreza el virey D. Luis de Velasco el primero, rogóle mucho é importunóle, que tomase un aposento en su palacio, apartado de toda conversa-

ción, donde se estuviere recogido conforme á su deseo, sin obligación de decirle misa ni hacer alguna cosa más de estar en su casa y compañía, y que él le proveyería de lo necesario para comer y vestir. Aceptólo el bendito hombre para dar contento al virey; mas no pudiendo excusar allí importunaciones de personas que se le encomendaban, y como su deseo era ayudar á los indios, al cabo de algún tiempo despidióse del virey y fuése á Xochimilco, y allí estuvo algunos años ayudando á los religiosos franciscanos en la doctrina de los naturales, como uno de los súbditos de aquel convento. Pero deseando aun más soledad que aquella (porque como entonces era Xochimilco ciudad populosa de indios, no dejaban de acudir españoles de México), pasóse á otro pueblo de menos bullicio junto á la ciudad de Tetzeuco, llamado Huixotla, y con beneplácito del guardián recogióse en una ermita del apóstol Santiago, visita de dicho convento, encargándose de confesar, predicar y bautizar á los indios de aquella vecindad. Lo mismo hizo últimamente en otra ermita de la Visitación de Nuestra Señora, sujeta al convento de San Francisco de México, donde perseveró muchos años y acabó el curso de su vida. Cuando comenzó esta vida eremítica y solitaria, fué dejando las cossillas y libros que tenía, repartiéndolos por algunos conventos de franciscanos y entre algunos religiosos particulares amigos suyos. Quedóse con sola una sotana de buril grueso y un sombrero: su calzado eran unas sandalias de las que usan los indios, caminando á pié como los frailes franciscanos. Era muy ocupado en la lección de los libros y en la oración y contemplación, y en esto repartía el tiempo y en ayudar á los naturales en sus necesidades espirituales y á veces en las temporales, sin recibir de ellos otra cosa sino sola la comida, y era muy poca, mal aderezada y como ellos se la querían dar, aunque para su condición bastaba por ser muy abstinentes y penitentes, y más cuidaba de la abstinencia que de la comida. Por el grande ejemplo de su vida santa, y doctrina, era muy querido y respetado de los indios, y no menos lo fué de los españoles; siendo tenido por todos en común opinión de santo, especial-



NTRA. SRA. DE GUADALUPE. (DE LA OBRA DEL BR. MIGUEL SÁNCHEZ.)

mente entre las autoridades y tribunales, como vireyes, arzobispos, obispos é inquisidores, mostrándosele todos aficionadísimos, particularmente el arzobispo que fué de México, aunque murió en el Pirú en el discurso de la visita que fué á hacer á las audiencias de aquellos países, D. Alonso de Bonilla, siendo inquisidor y dean de esta santa iglesia. A este señor inquisidor respetaba el bendito Juan González y le obedecía como si fuera su prelado, y ninguna cosa hacía sin su parecer y licencia. Y así, después de haberla pedido para cualquier cosa al propio prelado, que era el arzobispo, y juntamente á su provisor, también la pedía á su padre y señor el inquisidor. Era tan temeroso de su conciencia y sujeto á la obediencia de sus mayores, habiendo renunciado del todo la voluntad propia, que todos sus papeleos (porque así parecieron á su muerte) eran memoriales de las licencias que se le daban para las menudencias que él pedía. Siendo el rey Felipe II informado de la calidad de su persona, y

cómo había renunciado el canonicato y se ocupaba en doctrinar á los indios. fué muy edificado dello y envió una cédula muy honorífica y favorable, mandando al virey de Nueva España que con particular cuidado tuviese mucha cuenta con la persona del padre Juan González, y le hiciese proveer de todo lo necesario á su mantenimiento y vestuario, y le diese todo favor para la obra de su doctrina en que se ocupaba. Llegado este gran siervo de Dios á la última vejez, fué llevado del sobredicho señor inquisidor á su casa, donde tenía el regalo que su edad había menester: no dejaba de decir misa (que era todo su consuelo); y habiéndola comenzado á decir el día antes que

muriese, el 31 de Diciembre de 1589, no la acabó porque después del credo, le dió la enfermedad de la muerte y espiró á otro día, el 1.º de Enero del año de 1590 á la una del día, teniendo casi los noventa de edad. Al siguiente fué su cuerpo enterrado con la solemnidad con que pudiera serlo el mismo arzobispo, concurriendo el pueblo y tribunales de la ciudad; la cual toda recibió grande edificación y devoción en ver que los indios de la ermita de la Visitación, donde él solía estar, acudieron todos con las velas encendidas en sus manos á honrar el cuerpo de su muy amado ministro. Fué sepultado su cuerpo en la iglesia catedral de esta ciudad de México."



## II

El pueblo de Guadalupe.—Lo que fue antes y en la época de la Conquista, después de la Aparición y en los siglos diez y seis, diez y siete, diez y ocho y diez y nueve.

Ermitas y templos.—Acontecimientos notables.

CON razones más ó ménos fundadas, se há discutido acerca de lo que en tiempos anteriores á la Conquista de México, haya sido la hoy llamada Villa de Guadalupe Hidalgo, y en lengua mexicana *Tepeyacac*, degenerada por corrupción castellana en *Tepeyacac* ó *Tepeaquilla*.

Documentos de publicación reciente, puntualizan que fué este lugar un pueblecillo de escaso número de habitantes, si bien es cierto que en determinadas épocas del año, y á causa de un teocalli que en la cumbre del Tepeyac tenía erigido la diosa Tonantzin ó Ixpuchtli, como dicen los autores del viaje de Fr. Alonso Ponce, alcanzaba notable aumento en su población por los numerosos peregrinos que de todos sus alrededores y también de lejanas tierras acudían á tributar sus cultos á la venerable deidad, y á sacrificar víctimas humanas en sus aras.

Cuéntanos Bernal Díaz del Castillo que cuando Cortés sitiaba á México ordenó á Gonzalo de Sandoval "por tierra fuése á poner cerco á otra

calzada, que va á un pueblo que se dice Tepeaquilla," y es de suponerse que en él debe haber establecido sus reales. Consecuencia de ello sería la dispersión de todos sus habitantes y la destrucción de sus moradas.

Después de la conquista, y á consecuencia de la predicación evangélica, el adoratorio y estatua de la diosa fueron demolidos.

Parece que no del todo era despreciable el sitio de Tepeyacac y sus terrenos adyacentes, pues las actas del cabildo de México hablan de no pocas solicitudes de los conquistadores, pidiendo *solarcs* y *sitiós*, en este lugar, para plantear *huertas* y *labranzas*.

Estas mismas actas nos manifiestan la época en que, perdiendo el pueblo su primitivo nombre indígena, se vulgarizó el de *Guadalupe* que hoy lleva. En el acta de Diciembre 3 de 1563 se usa por vez primera el nombre *Guadalupe*, y en todas las anteriores el de *Tepeaquilla*, siendo ambos referentes al mismo lugar.

Altos designios de la Providencia hicieron de aquel sitio, pobre y humilde, el suelo más distinguido, privilegiado y bendito de todo el Nuevo Mundo; eligiéndolo para que su Divina Madre